



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia
ISSN: 0120-2510
bolant@antares.udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Osorio Campuzano, Ramiro
Paramilitarismo y vida cotidiana en San Carlos (Antioquia): etnografía desde una antropología de la
violencia
Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 28, núm. 45, 2013, pp. 130-153
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55729098007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Paramilitarismo y vida cotidiana en San Carlos (Antioquia): etnografía desde una antropología de la violencia¹

Ramiro Osorio Campuzano

Antropólogo, Universidad de Antioquia

Grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio —CVT—

Instituto de Estudios Regionales —INER—

Dirección electrónica: miroosorio@hotmail.com

Osorio, Ramiro (2013). "Paramilitarismo y vida cotidiana en San Carlos (Antioquia): etnografía desde una antropología de la violencia". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 28, N.º 45, pp. 130-153.
Texto recibido: 17/12/2012; aprobación final: 11/06/2013.

Resumen. Este artículo expone una investigación etnográfica sobre las relaciones subjetivas entre civiles y paramilitares evidenciando las formas de adaptación, discreción e instrumentalización y legitimación social de la violencia. Además de revisar los aportes teóricos de la antropología de la violencia, discute los dilemas éticos-metodológicos del trabajo etnográfico en el análisis del conflicto armado, el tratamiento del testimonio y la(s) memoria(s). Estas discusiones están apoyadas en una revisión documental y etnográfica en el corregimiento de El Jordán, municipio de San Carlos, que desde 1997 fue base operativa de distintos bloques paramilitares quienes entraron allí por lazos familiares y operaron en el Oriente antioqueño.

Palabras clave: antropología de la violencia, etnografía, reflexividad, conflicto armado, paramilitarismo, memoria, sufrimiento social, víctimas-victimarios, El Jordán, San Carlos (Antioquia).

1 Las reflexiones en este artículo son resultado de la investigación "El miedo a morir es el afán de vivir: relaciones entreveradas y violencia paramilitar en El Jordán, San Carlos (Antioquia)", financiado por el fondo de apoyo a trabajos de grado del Comité para el Desarrollo de la Investigación —CODI—, 2011. Para ampliar cada uno de los aspectos sobre la historia local, las dinámicas del paramilitarismo, las relaciones entreveradas e imbricaciones del orden armado en la vida cotidiana, y en general sobre análisis más amplios, véase dicha monografía.

Paramilitarism and everyday life in San Carlos (Antioquia): ethnography from the perspective of an anthropology of violence

Abstract. This paper presents an ethnographic study of subjective relations between civilians and paramilitaries, demonstrating forms of adaptation, discretion and instrumentalization, and the social legitimization of violence. In addition to reviewing the theoretical contributions of the anthropology of violence, the paper discusses ethical and methodological dilemmas of ethnographic work in armed conflict analysis, and the treatment of testimonies and memories. These discussions are supported by a documentary and ethnographic review in the district of the municipality of El Jordán-San Carlos, which, since 1997, served as an operation center of different paramilitary groups whose area of influence was eastern Antioquia and who went there based on their family ties.

Keywords: anthropology of violence, ethnography, reflexivity, armed conflict, paramilitary, memory, social suffering, victims, perpetrators, El Jordán, San Carlos (Antioquia).

Introducción: la violencia como realidad y contexto

El gran radio de devastación que ha dejado la violencia en este país nos permite a los interesados por comprenderla, encontrar múltiples lugares en la *geografía de la guerra* donde hacer etnografía. Si bien no hace falta viajar a regiones remotas para conocer rostros de desplazamiento, masacres y terror, la realidad nacional está asediada por problemáticas relacionadas con la memoria, el olvido, las posibilidades de la verdad y la justicia con que las víctimas y los perpetradores se ubican respecto al pasado y el presente, así como por los imaginarios sobre las víctimas y su inocencia, y los retratos de (in)humanidad, brutalidad y bestialidad encarnados por los victimarios. Intentar comprender el contexto colombiano entre la marea de impunidad, el archipiélago de memorias hegemónicas, confiscadas, derrotadas, subalternas (Catela, 2011), la instalación de silencios, la deslegitimación de las víctimas y la deslocalización de responsabilidades históricas y políticas de los victimarios, evidencia claramente que, como bien señala Iván Orozco (2005), la “demonización total del victimario y la sacralización de las víctimas” ha generado en parte una polarización y una lectura en blanco/negro que no permite aún por la vía de la reconciliación dar una salida negociada al conflicto colombiano. Este contexto, además, se complejiza cuando las justificaciones de la guerra se recomponen y desestructuran permanentemente: ayer fue la tierra, luego vino el poder territorial, hoy es el cultivo cocalero, el narcotráfico, es la guerrilla o los paramilitares (Sánchez, 2006: 80).

Con todo, hoy el país está expuesto a resolver qué es aceptable y sancionable, nocivo y aleccionador socialmente para la superación del conflicto, además de definir los contornos de las víctimas y los victimarios, la participación directa o indirecta de la población civil en medio y aún después de la guerra, la responsabilidad de actores estatales y militares que, según el caso, reprodujeron la violencia o renunciaron a detenerla. Después de buscar en otras localidades, commocionado por el despliegue

mediático y su transformación en la guerra, pude darme cuenta de que allí, en esta zona rica en aguas, donde se dice “predominan condiciones de atraso y asilamiento”, había oportunidades de investigar sobre la violencia paramilitar.² A medio camino de la investigación, el paramilitarismo se perfiló como uno de las áreas del conflicto armado sobre las cuales profundizaría.

Hacia mediados de 1990 los paramilitares “rompieron zona” e hicieron presencia en el Oriente antioqueño. Su accionar se destacó principalmente en zonas rurales de municipios del Altiplano, estableciendo campamentos en los corregimientos San José (La Ceja), La Danta (Sonsón), El Jordán (San Carlos) y El Prodigio (San Luis).³ San Carlos y El Jordán, particularmente, contienen una historia velada, pues allí el paramilitarismo entró a sangre y fuego con estrechos vínculos familiares de habitantes del pueblo, dejando hoy día una *zona gris* donde víctimas y victimarios, quienes “propagaron” la violencia o sufrieron la guerra, siguen trastocándose, siendo difícil distinguirlos. Si bien las razones y las justificaciones del porqué la violencia cotidiana paramilitar en El Jordán representan una amalgama difícil de dilucidar, al intentar ahondar en su pasado se superponen memorias conflictivas que con datos atribuibles a lo que Veena Das señala como “conocimiento envenenado”⁴ (Ortega, 2008), hacen de aquel lugar uno de los más dilemáticos en la región. Por ello San Carlos ha sido un municipio clave para comprender el conflicto armado y sus efectos en todo el Oriente antioqueño.

-
- 2 En Antioquia, y parte del país, el mapa del conflicto armado comenzó a cambiar drásticamente debido a la intensificación de combates, secuestros, tomas, explosiones y retaliaciones entre la guerrilla, el ejército y los paramilitares. Fue entre 1999 y 2002 donde se vieron los picos más altos del desastre humanitario, los mayores desplazamientos, homicidios, amenazas, minas antipersonales y enfrentamientos. Las guerrillas de las FARC y el ELN hasta antes de 2000 lograron derribar más de treinta torres de energía en territorios de San Carlos. Ante la amenaza, los paramilitares comenzaron a difundir la sentencia de que “por cada torre que derriba la guerrilla, serán asesinados 10 campesinos en el Oriente antioqueño”. Véase Noche y Niebla (1999). Una muestra de la magnitud de lo que allí sucedió fue el desarraigo sistemático que terminó ubicando a Antioquia y, en particular, a las subregiones de Urabá y Oriente antioqueño como las zonas con más expulsión de población a raíz del conflicto. Véase Grupo Memoria Histórica —GMH—, 2011 y Caicedo, 2006.
 - 3 Las autodefensas en Colombia —o grupos civiles campesinos armados— surgen a principios de los ochenta, principalmente en la región del Magdalena medio, como respuesta ante la expansión de la guerrilla, que con extorsiones y secuestros asediaron a ganaderos y terratenientes. Para un análisis más amplio en perspectiva histórica, regional y nacional del fenómeno paramilitar y las autodefensas, véase entre una amplia bibliografía, Duncan, Gustavo (2006); Romero, Mauricio (2003); Pardo, Rodrigo (2007) y Corporación Nuevo Arco Iris (2007).
 - 4 Este concepto, que se desarrollará más adelante, comprende los silencios estratégicos y los límites de la memoria presentes en una comunidad que “evita” hablar del daño colectivo y la violencia del pasado.

De igual forma, desde décadas atrás en el suroriente colombiano, la vida cotidiana de los campesinos se ha visto constreñida por las formas de control político y la regulación de la violencia de la guerrilla (Espinosa, 2007; Torres, 2006). En muchas regiones del país, y en particular de Antioquia, el dominio paramilitar generó fuertes lazos sociales y territoriales. Con este trasfondo, me interesé, más bien, en indagar experiencias subjetivas de mediación entre víctimas y victimarios de la violencia paramilitar, y para ello fue necesario abordar las relaciones ambivalentes alrededor de los “sujetos-sufrientes” y perpetradores, civiles y excombatientes. La intención, más allá de confrontarlos, fue adentrarme en una amplia *estructura de victimización* que ofrece visos sobre el relacionamiento civil —en medio y aún *después* de la guerra. Bajo esta perspectiva, la naturaleza del conflicto armado dista mucho de ser leída en blanco y negro, poniendo de un lado a los culpables y las razones de la guerra y, de otro, a las víctimas rodeadas, muchas veces, de márgenes ideales de inocencia. Y así es evidente en el testimonio de una reconocida líder en San Carlos, quien al referirse a la naturaleza fratricida del conflicto local, dice: “he visto caer los mismos en este conflicto absurdo, donde la guerra la iniciaron los que se conocen y se matan los que no se conocen” (Pastora Mira citada por Cano, 2007: 90).

San Carlos, un territorio cercado por el desarrollo y la guerra

Desde la época republicana, en Antioquia se constituyó como el “oriente cercano” la subregión del Altiplano, que por su cercanía al Valle de Aburrá ha sido predominantemente más “civilizada”, industrializada e interconectada. Al contrario, en la región del “oriente lejano” no solo se vislumbra la frontera entre Antioquia y la región del Magdalena medio, sino también un margen sociocultural entre las poblaciones “altas” del Oriente antioqueño y “bajas” del cálido Magdalena medio antioqueño. Es a finales de los años 60 cuando el “oriente lejano”, y particularmente la subregión Embalses, salen del anonimato y el olvido estatal con dos megaproyectos vitales para la región y el país: la construcción de la Autopista Medellín-Bogotá y la instalación del complejo hidroeléctrico más importante del país. Ambos eventos propiciaron que la población local se viera marginada del “desarrollo” subregional dado que las directrices no consultaron las comunidades, relegándolas (GMH, Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación —CNRR—, 2011: 25).

Con una extensión de 702 km² y a 119 km de Medellín, San Carlos se encuentra en la subregión Embalses del Oriente antioqueño, zona montañosa y rica en aguas, que se transformó en un territorio estratégico, pues al generarse allí cerca del 33% de la energía eléctrica del país, pronto se vieron atraídos diferentes actores armados. Ocho barrios conforman la cabecera municipal, y tres corregimientos: Samaná y Puerto Garza, que fueron de intensa presencia guerrillera, y El Jordán, de predominio paramilitar, conforman el mapa rural del municipio con 14 centros zonales y 76 veredas.

Por su parte, El Jordán, antiguo Canoas —llamado así por las canoas de madera dispuestas para alimentar mulas y bueyes—, ubicado al oriente de San Carlos, es hijo de una de las rutas más comerciales y estratégicas para la entrada y salida de mercancías entre el Magdalena medio y las provincias de Antioquia del siglo XIX. Su poblamiento inició con las fondas y posadas de albergue para comerciantes, cargueros, silleteros y caminantes, que transportaban mercancías⁵ (Observatorio de Paz y Reconciliación del Oriente Antioqueño —Oproa—, 2008: 7). Recién fundado San Carlos, en 1786, con el desarrollo incipiente de la agricultura y la minería, y bajo una clara influencia del país marinillo, se presentaron las primeras diferencias entre colonos venidos de Rionegro y aquellos de Marinilla, como consecuencia de la lucha por el poder político y económico asociado, al parecer, con el reparto de las tierras y el control de las estructuras locales de poder. Esta situación —que ha sido una constante en la región hasta hoy— condujo al fraccionamiento de la naciente localidad en dos parcialidades, San Carlos y Juan Nepomuceno de Canoas, así los descontentos abandonaron el poblado de San Carlos y se reubicaron en El Jordán.⁶

Las disputas territoriales que se arraigaron entre los diferentes poblamientos de campesinos comenzaron a tejer el hilo de tensión entre el centro y la periferia que posteriormente, con la llegada del proyecto energético, sostiene hasta hoy el tránsito de reclamos y desigualdades entre el corregimiento El Jordán y San Carlos. En síntesis, fueron varios procesos que a través del tiempo configuraron lo que es hoy la región. El primero fue el proceso histórico de segregación como consecuencia del poblamiento diverso de dos “comunidades civilizadas” del altiplano del Oriente antioqueño. El segundo fue el proyecto modernizante energético, ante el cual hoy todavía las comunidades campesinas de El Jordán se sienten “estafadas” y en desventaja, precisamente por su cercanía a la central energética que más genera recursos en la zona. Y un último proceso, agudizado por la violencia, fue la territorialización de actores armados que homogeneizaron y estigmatizaron territorios y poblaciones, cuyo resultado fue agravar aún más la separación entre el corregimiento y San Carlos, signando a El Jordán como aquel lugar lejano de la base paramilitar fuente de los victimarios, y a San Carlos como “el eje de mal” de la guerrilla y la subversión.

En los últimos treinta años han hecho presencia en San Carlos, por lo menos, seis grupos armados ilegales. Al mismo tiempo, hay una significativa presencia militar, representada en cuatro bases militares localizadas en la zona de influencia de las centrales, dos batallones de la Cuarta Brigada y una estación de policía permanente. Detrás de las guerrillas del ELN y las FARC, que incursionaron durante la

5 Para una reconstrucción histórica más detallada al respecto, véase Giraldo (2012). “Se dice río. Volver al antiguo camino de Juntas”. Editorial Silaba, Medellín, p. 107.

6 Fue ya en albores del siglo xx, el 4 de mayo de 1914, que dejó de llamarse Canoas, para seguir siendo hasta hoy El Jordán. Actualmente cuenta con una población cercana a 2.000 habitantes distribuidos en más de 400 viviendas.

construcción de las energéticas a finales de los setenta, llegaron a mediados de los noventa los paramilitares con sus despliegues de horror. Como bien dice la gente “todo empezó ahí con las hidroeléctricas”, y así hoy permanecen triunfantes las grandes obras hidroeléctricas, también el desplazamiento y los efectos colaterales de la guerra continúan (in)visibilizados.

San Carlos registró los más altos índices de barbarie a nivel nacional en desapariciones forzadas, minas antipersonales, desplazamiento, amenazas, extorsiones, confinamiento, homicidios, reclutamiento forzoso, masacres, violencia sexual y secuestros (GMH, 2011; Oproa, 2008). Como dice su gente, en San Carlos se vivió “la guerra total”, pues desde 1980 lo que ocurrió fue una violencia invasiva, masiva y sistemática, que se desplegó sin distinción ni commiseración. Entre 1985 y 2010, cerca de 20.000 personas —de las 25.840 que habitaban el municipio de San Carlos— abandonaron su lugar de origen, 30 de las 76 veredas con las que cuenta el municipio fueron abandonadas en su totalidad y más de 20 lo fueron de manera parcial (GMH, 2011). Hubo por lo menos 33 masacres⁷ —5 de ellas ocurrieron en El Jordán—, que dejaron 219 muertes, se registraron 156 desapariciones forzadas y 148 víctimas por minas antipersonales (GMH, 2011: 30).

Tras largos años de guerra, hoy la cotidianidad transcurre entre la tranquilidad y la militarización. Luego de las cifras del “inventario de terror” que conmocionó brutalmente la región y devino en una crisis humanitaria, hoy San Carlos figura como uno de los municipios más privilegiados por el constante trabajo de asistencia humanitaria evidente en la presencia de instituciones nacionales, organismos de cooperación internacional y ONG que, paulatinamente, han generado su reconstrucción en distintos frentes, fortaleciendo el desminado del territorio, los procesos de memoria, verdad, justicia y reparación, generando experiencias piloto de reconciliación y de retorno colectivo e individual de 2.603 familias campesinas, 9.067 personas a las zonas urbanas y rurales del municipio (Alcaldía de San Carlos, 2011). De esa cifra exitosa, considerando que fueron 20.000 personas desplazadas de San Carlos, 163 familias (6.036 personas) han logrado retornar al corregimiento El Jordán y veredas aledañas.

No obstante, situaciones complejas como la convivencia entre población civil y desmovilizados, la restitución de tierras despojadas, el reconocimiento de poblaciones hasta ahora invisibles como las que se autodenominan “Los Resistentes”, que permanecieron en el territorio en medio de la guerra y al no haberse desplazado no figuran ni como víctimas ni desplazados, y por ende aún no son beneficiarios de asistencias humanitarias; hoy representan algunos de los grandes retos para el restablecimiento de las condiciones dignas que truncó la violencia en San Carlos.

⁷ Las masacres son un punto central para comprender la magnitud del conflicto en San Carlos, pues de 33 masacres 28 fueron ejecutadas por los paramilitares (Grupo Memoria Histórica, 2011).

“Aquí a la gente no le gusta que le pregunten y menos hablar de esa época”: dilemas etnográficos

En los estudios de corte subjetivo de la violencia la etnografía ha demostrado amplias potencialidades en la búsqueda de significados con los cuales sujetos y comunidades moldean su mundo y dan significado a una experiencia violenta. En este sentido, la etnografía implica tanto una serie de métodos (observación, entrevistas, diarios de campo), como la creación de una “situación de campo” particular en la que el investigador está inmerso en la trama cotidiana de la gente. Igualmente, pensar una investigación desde la etnografía de la violencia es más que una mera “extracción” de dolores, traumas, o lo que algunos autores consideran “una pornografía del horror” (Theidon, 2006; Castillejo, 2009). Al contrario, procura un ejercicio de construcción de conocimiento que implica una ética de colaboración, donde las reflexiones en lo posible no se aíslen de los contextos de enunciación, dando alta importancia a quien testimonia su experiencia violenta. El testimonio, según Das (Ortega, 2008), permite establecer una relación con “otro”, siempre irremediablemente asimétrica, donde se ofrece un decir y una escucha. Escuchar el testimonio requiere más que un esfuerzo “epistemológico” o un “acto ético”, pues es un hecho enunciado para ser escuchado.

Sin duda, desde una perspectiva antropológica, la intención básica e instintiva de toda investigación, sobre todo en el terreno de la violencia, desafía al etnógrafo no solo salir al encuentro de “otros”, sino también a ponerse en sus zapatos intentando simular y reeditar su experiencia. De hecho, lo que permite darle un sentido y, si acaso, una finalidad a nuestra “permanencia etnográfica”, más allá del juego de herramientas y métodos, son las formas de reconocimiento mutuo que dejan de ser hipótesis y se convierten en experiencias. En este sentido, entendiendo la etnografía como una experiencia en marcos éticos y la antropología como sustento filosófico, nos conduce a reafirmar que “la etnografía es lo más cercano a la vida [...] no es un cúmulo de datos, sino una experiencia que el antropólogo organiza, sistematiza e interpreta” (Guber, 2001).

Cómo planteamos nuestras preguntas tiene mucho que ver con las respuestas que recibimos (Theidon, 2009: 37), y al ser la violencia o el conflicto temáticas arriesgadas y de alta sensibilidad exigen no divorciar la ética de la metodología. Una etnografía, no solo en el terreno de la violencia, por las coyunturas del campo, sufre procesos de recambios, giros metodológicos y conceptuales. De algún modo, el trabajo etnográfico es un camino “solitario” que hace comprensible lo ininteligible en medio de la cercanía y las circunstancias del otro. La subjetividad en el campo etnográfico transforma los propósitos haciendo del trabajo de campo una constante contextualización. Aunque la gente se permite hablar abiertamente de “la violencia” son evidentes algunos vacíos narrativos, silencios y desvíos inquietantes

para el etnógrafo.⁸ Así, es a raíz de las sospechas sobre el investigador que causan variaciones u omisiones, que las historias sufren modificaciones estratégicas a propósito del “conocimiento venenoso” (Ortega, 2008), que circula bajo las memorias en disputa, la responsabilidad de unos y otros en lo sucedido, comprometiendo la legitimidad y hasta la seguridad de los miembros de una comunidad.

El “conocimiento envenenado” del que habla Veena Das (2008), en un contexto arrasado por la violencia como El Jordán, es una de las armas más peligrosas de reactivación de memorias conflictivas y disputas heredadas de la guerra. Al respecto, Das señala que “si la manera de estar con los otros fue herida de forma brutal, entonces el pasado entra en el presente como conocimiento envenenado” (Das, 2008: 244). Los testigos, como explica Das, entienden que “alguien muy cercano en quien yo confiaba, hace algo que me hiere profundamente” y, al distinguir las víctimas y los responsables, es evidente que parte de una comunidad es portadora de ese “conocimiento envenenado” que remite a la traición entre parientes, vecinos y amigos en medio de la violencia en su localidad. Esta concepción del conflicto permite comprender cómo las poblaciones pueden convertirse ellas mismas en cómplices de la erosión de sus derechos, de la victimización y, en últimas, de la propagación de la violencia (Das, 2008). De cierto modo, así sucedió también con las víctimas de la violencia paramilitar que percibieron un “sufrimiento merecido”, no solo por orden de combatientes sino también de civiles.

Los estudios interdisciplinarios de actores armados y conflicto presentan lógicas y explicaciones estructuralistas, como movilización de poderes y sucesión de los actores armados, y bajo un lente muy estadístico, en general, ofrecen visos importantes sobre la geopolítica del conflicto (Kalyvas, 2004; Ortiz, 2001). Sin embargo, pese a que la definición de “aparatos organizados de poder” (Rangel, 2005), por ejemplo, continúa siendo muy sugerente para estudios de paramilitarismo y sus transformaciones, esta óptica excluye o da por hechos los ámbitos subjetivos implícitos en la presencia de actores armados en un territorio, y que hacen de ello una experiencia traumática. Al eludir sus impactos locales y sus transformaciones debido a la especificidad local y regional, la falencia de estos enfoques hace necesario ofrecer micromiradas con perspectiva subalterna de las experiencias subjetivas que arroja localmente un fenómeno como el paramilitarismo (Madariaga, 2006; Theidon, 2005). Una perspectiva subalterna permite visibilizar condiciones de vulnerabilidad de quienes han sido subyugados y victimizados de múltiples formas, evidenciándose en la subjetividad o la experiencia vivida, sufrida y resistida.

En efecto, según Pécaut, concebir la violencia simplemente como catástrofe sería desconocer la agencia, e incluso, las negociaciones que en medio de la violencia pueden hacer las comunidades que la padecen, eluden y resisten, “la violencia no se

8 Tan solo cuando se apaga la grabadora, lo que los periodistas llaman “off the record”, inspira un clima de seguridad y que, en particular, permite abrir testimonios y narrativas que se ocultan.

vive como una guerra o catástrofe, y menos aún se visualiza como el producto de un conjunto de conductas delincuenciales; sino que aparece como un proceso banal que ofrece oportunidades, produce acomodamientos y tiene normas y regulaciones” (Pécaut, 2001: 197-198).

Desde esta perspectiva, cobran relevancia distintas formas de relacionamiento y supervivencia entre población civil y paramilitares, pues aun cuando se esté “negociando” la dignidad y la voluntad de vivir a toda costa, es a través de distintas prácticas ante el control armado con que las poblaciones terminan convirtiéndose en cómplices de la erosión de sus propios derechos causando un “sufrimiento social” (Ortega, 2008).

Retomar estas discusiones me llevó a interesarme por los registros emocionales de la violencia, que entre venganzas y odios han permitido la inmersión y la continuidad de los sujetos en ella. Si bien, desde una perspectiva subjetiva de la violencia no se logrará descifrar la complejidad de la guerra, localizar ciertas diferencias socioculturales en medio de las ambivalencias que agudizaron la guerra, permite esbozar un retrato cercano, no solo de la masividad y la sistematicidad, sino también de la naturaleza y las dinámicas locales que imprimió el paramilitarismo en esta región.

Las masacres paramilitares han dejado altos capitales de *sufrimiento social*,⁹ y en Colombia, como dice Uribe (2004), donde *los pasados no quieren pasar*, han sido hitos históricos y modalidades del conflicto, que entendidas como *acontecimientos traumáticos*, revelan un carácter inacabado que dan apertura a eventos pasados que estructuran “silenciosamente” el presente. Interesado por reconstruir las masacres paramilitares en El Jordán, me vi interpelado y, en últimas, frustrado y decidido a respetar silencios sociales tratando de entender un poco manifestaciones de la *gramática del silencio* con que la gente en medio de las conversaciones se atrevía a decir mucho con poco, mostrando y ocultando. “El silencio social que rodean eventos particulares y acontecimientos traumáticos, compromete vidas, memorias, verdades y legitimidades sociales que están altamente dosificadas de “conocimiento envenenado” (Castillejo, 2005). Sobre estas paradojas, recordando a un profesor que sobrevivió en la región y decía que le “tocaba ver no viendo” al recoger los muertos en las carreteras, y parafraseando a Veena Das, comprendí que “al digerir este veneno en los actos de entender la violencia en lo cotidiano, pude enseñarme a respetar las fronteras entre decir y mostrar”.

9 El concepto de “sufrimiento social” (*social suffering*) principalmente nace de la antropología médica en Estados Unidos, y se entiende como “el ensamblaje de problemas humanos que tiene sus orígenes y consecuencias en las heridas devastadoras que las fuerzas sociales infringen [sic] a la experiencia humana” (Das citada por Ortega, 2008: 54). Sobre este punto, Kai Erikson en 1976 (citado en Ortega, 2008), empleó el concepto de “trauma social” para definir el *ethos* o cultura grupal que es considerablemente diferente a la “suma de heridas”.

Esta investigación contó con una amplia revisión documental y de prensa. El trabajo de campo —cerca de dos meses en terreno— arrojó más de 20 horas de grabación pero, en su mayoría, las conversaciones fueron informales no programadas, otras, dirigidas, en las cuales la mayor parte de la información que consideré en algún momento deslumbrante debí depurarla o, en muchos casos, ocultarla. En este contexto, como etnógrafo, me encuentro con el dilema entre explorar una versión del pasado o protegerla junto a su “fuente” de otros testigos. Como expondré más adelante, en un contexto de violencia paramilitar como El Jordán, es clara la inoperancia de lo verídico y de algún intento de juzgamiento en ánimos de esclarecer las líneas “tenues” entre culpables/responsables o víctimas/victimarios.

La experiencia etnográfica me demostró que tan solo podía ahondar en una vasta subjetividad de la gente trastocada por la violencia paramilitar, tocando tímidamente la cuestión de los victimarios quienes fueron y son vecinos del pueblo. Mi interés se focalizó en comprender las relaciones subjetivas y las estrategias entre víctimas y victimarios que definieron la vida cotidiana de una comunidad asediada por la violencia de varios ejércitos paramilitares. Son las múltiples experiencias de convivencia entre civiles y armados, además de un sinfín de “historias mínimas locales” a partir de las cuales pueden entenderse en detalle aspectos de gran envergadura del fenómeno paramilitar a niveles regional y nacional. Fueron varias preguntas subsidiarias que surgieron al interesarme por la experiencia paramilitar, y como logré anotar en mi diario de campo,

Las historias del pasado paramilitar hoy por hoy están diseltas o escondidas intencionalmente por muchos lugarezos, existiendo un amplio margen de privacidad testimonial. ¿Existe alto sufrimiento entramado con la complicidad, el trauma y la adaptación social de El Jordán frente a la guerra?, ¿qué preguntarle a una comunidad con más de tres generaciones paramilitares que la invadieron y fracturaron?, ¿qué estructuras y relaciones del paramilitarismo subyacen hoy en la comunidad? Son preguntas con las que siento temor y poca ilustración al creer que tal vez pueda reforzar determinismos, exageraciones o simplemente juzgando lo más superficial de esta comunidad. Sin embargo, en algunas conversaciones he percibido historias veladas acerca de El Jordán que fue epicentro paramilitar ¿se puede lograr distinguir víctimas [sic] de victimarios en un lugar tan dilemático como el [sic] Jordán?, fue una pregunta que siempre me hice ante muchas historias, y ante la evidente asimetría posterior a la guerra en El Jordán, por ejemplo, donde hoy existen escasamente 5 reinserciones diluidos en más de 2000 “habitantes-víctimas” del terror paramilitar. En apena lo que es “equilibrio”, conviven los perpetradores y sufrientes, todos de alguna manera sobrevivientes de la guerra; y así, la comunidad aparentemente se vio homogenizada [sic] en la guerra, hoy pasada la violencia, se encuentra polarizada en medio de resentimientos, silencios y disputas que aún latén de la violencia paramilitar (Diario de campo personal, 2012).

Después del campo, el registro emocional y afectivo de la actividad etnográfica genera presupuestos que afectan nuestras interpretaciones. Como bien señala Guber

(2001), “no existe conocimiento que no esté modelado por el investigador; así, el etnógrafo es el primer dato y el primer instrumento de análisis”. En el terreno de la violencia, al final de un proceso investigativo es posible que no haya reparación final ni mejoría alguna, ni material ni existencial, en las vidas de las personas que participan en el proceso de una investigación. Más allá de una discusión sobre la finalidad de la investigación, su traducción y beneficio para las comunidades que abordamos y nos abordan, interpelando el sentido de nuestro trabajo, sin duda, aparte del reconocimiento, “los efectos positivos desaparecen cuando terminamos de recolectar, editar y conjugar piezas de individuos, historias y realidades de la guerra” (Castillejo, 2005).

“San Carlos ponía los muertos y El Jordán los paracos”

La antropología de la violencia ofrece elementos acerca de la producción social de la violencia, la construcción de la alteridad en la guerra. En la mirada de las tramas culturales de la violencia y de los traumas culturales producidos por ella, “el análisis de la violencia y cómo se experimenta en la vida diaria no puede ser reducido a espacios de muerte y destrucción; también se deben tener en cuenta las dimensiones humanas y socioculturales de la vida y la reconstrucción” (Riaño, 2006).

En medio de un conflicto, ciertamente, las víctimas, al igual que sus victimarios, están mediados por la producción del “otro”—el enemigo, combatiente o civil—, y que, como antípoda, en la guerra se establece entre ellos una “identidad” a través del terror, lo cual hace imposible diferenciar entre quienes sufrieron y aquellos que infundieron la muerte (Castillejo, 2000; Blair, 2005). Es así que, en medio de la guerra como fenómeno endémico en Colombia, “la violencia es formativa, moldea las percepciones de las personas sobre quiénes son y cómo interactúan con su entorno social y físico” (Allen Feldman citado por Denis, 1997: 6).

En los límites de la violencia, donde se trastocan las identidades y los rostros culturales desde los cuales los sujetos dotan de sentido su mundo, se hallan, particularmente, los procesos de alteridad y ficción.¹⁰ En este sentido, frente a estos dilemas y siguiendo a varios autores, la antropología de la violencia ha tenido el reto de (des)naturalizar los acontecimientos que entre la cotidianidad y la normalidad infiltran la violencia en la sociedad (Catela, 2011; Castillejo, 2000; Nordstrom y Robben, 1995, Theidon, 2005). Por tanto,

10 Las ficciones, como imaginarios y relatos, son expresiones que a veces producen estereotipos marginales sobre comunidades y regiones, poniéndolas entre bandos y responsabilizándolas de su tragedia. Quizás, es necesaria la ficción desde la que el etnógrafo a través de las metáforas, puede dar cuenta de una realidad, y por ello su labor implica (de)construir los sentidos. Al respecto véanse los análisis de Castillejo (2000); Theidon (2009) y Uribe (2004).

[...] si la antropología se dedica a estudiar los mecanismos mediante los cuales los seres humanos configuran sentidos sobre el mundo, una *antropología de la violencia* tendría que concentrarse en los mecanismos mediante los cuales, ante el advenimiento de la violencia en la vida cotidiana, diferentes grupos sociales y comunidades buscan conferir sentido sobre el mundo; buscar hacer inteligible lo que de otra forma podría parecer ininteligible (Castillejo, 2009: 299).

En particular, el fenómeno de distinción en la guerra, además del conflicto de larga data entre centralidad-ruralidad que históricamente subsiste entre El Jordán y San Carlos, terminó agudizándose por efectos de la polarización en medio del conflicto. “Nos tocaba elegir a un lado o al otro, morirnos o desparecer”, es lo que relatan lugareños que se vieron entre la espada y la pared. En consecuencia, los territorios se fragmentaron estigmatizándose según la presencia de actores armados, “unas veredas de paras, otras de guerrilla”, y en consecuencia un ordenamiento moral de un territorio común que, ante el emplazamiento de la guerrilla y los paramilitares, hizo sucumbir a sus comunidades en una “guerra de pares”.¹¹ Los lugareños comenzaron a identificarse sobre los referentes armados para saber moverse en su propio territorio escindido por la guerra,

Ahorita, en esta maldita violencia, el hermano mío mayor, eso cualesquier día fueron por él a la casa y hasta ahí se supo de él. Él vivía en San Carlos desplazado de un punto llamado Buenos Aires, entonces el hombre venía por ahí a cada rato, como que según me cuenta pensaron “este hijueputa tanto venir por aquí, este tiene que ser un colaborador de la guerrilla” y un día cualquiera lo desparecieron. Un sobrino que trabajó con eso, especializado de [sic] minas con perros antiexplosivos, cuando llegó al Chocó, todos los campesinos de lo que es Palmichal y El Chocó eran puros guerrilleros, y hasta se dio cuenta [sic] dónde manejaban la caleta. Todos esos hijueputas hacían fechorías de noche y en el día se iban dizque a trabajar, ¿Quién iba a creer que ellos eran simplemente unos pobres campesinos caminadores? (hombre adulto, febrero de 2012).

“Campesinos de día y guerrilleros de noche” era como se conocían los pobladores de San Carlos, mientras que en El Jordán se rumoraba, por ejemplo, que algunos estudiantes del colegio de noche eran patrulleros de los *paras*. Como expone

11 Si bien el concepto de violencia fratricida es recurrente en muchas reflexiones sobre conflictos armados, en particular, para el caso colombiano las contribuciones de Sánchez (2006), Uribe (2004), entre otros, señalan que, además de la explicación bíblica del crimen primigenio en que Caín mató a su hermano Abel, la naturaleza histórica de los conflictos en el país, incluso desde antes de las guerras civiles del siglo XIX, es característica de guerras entre pares (vecinos, compadres y parientes) que confusamente se involucraron en disputas ideológicas y políticas cuyos efectos fueron homogenizar territorios y poblaciones diversas. Una de sus principales conclusiones, por ejemplo, es que los desencadenantes de La Violencia bipartidista y sus principales víctimas, fueron campesinos que bajo el embrujo de dos colores llegaron a matarse entre vecinos, compadres, e incluso, entre su parentela.

Sánchez (2006: 78), “los territorios ya no son definidos por entornos espaciales o simbólicos, sino por los trazos brutales de la fuerza, que suprime tanto las diversas expresiones de la política y los lazos culturales como, a la larga, la vida misma”. Antes que los paramilitares lograran dominar totalmente San Carlos, obligando a la guerrilla a replegarse en la zona de Bosques o huir hacia el Nordeste, y como explican algunos locales, el municipio se vio dividido en dos ejes: la zona centro-occidental y sur eran de dominio guerrillero, y la zona nororiental límitrofe con el Magdalena medio era de dominio paramilitar. Como sugiere Uribe, “este tipo de distinciones son recurrentes en esta guerra expansiva que ha sumido al país en una confrontación donde el mayor número de muertos son civiles. Se trata de una guerra que no solo es punitiva sino también preventiva, en contra de quienes presumiblemente pueden llegar a ser auxiliadores del bando contrario” (Uribe, 2004: 132).

Son, sin duda, los efectos de los actores armados, sus estrategias y recursos de terror con que hoy se diferencian los grados de victimización y devastación geográfica sobre los territorios que sitiaron. Como relata un poblador de la vereda Las Frías, corregimiento de El Jordán,

[...] eso empezaba una cadena donde el que salía del campo a mercar al pueblo era guerrillero, que le llevaba comida [...] la guerrilla y el que iba del pueblo hacia el campo era paramilitar entonces que iba a *sapiar*; una cadena donde la humillación hacia el campesino era mucha, eso se volvió una circunstancia donde era complicado, bastante complicado, y si una persona del pueblo iba al campo ya era paramilitar, entonces eso se volvió una cosa donde solamente ellos la entendían (hombre joven, enero de 2012).

Con respecto a la guerrilla, en la zona no se tiene una escala valorativa para definirla, si “buena o mala”, “sangrienta o decente”, como muchas veces se consideraron paradójicamente los paramilitares en El Jordán, quienes —con todas sus figuras y carga simbólica— incluyendo las valoraciones de la gente, se movieron entre lo bueno y lo malo, lo legal y lo ilegal, lo moral y lo inmoral, lo controlado y lo desmesurado, lo violento y lo civilizado. Por ejemplo, la situación entre “aquí” y “allá”, las zonas de los *paras* y las zonas guerrilleras, produjeron estigmas territoriales y, muchas veces, valoraciones morales sobre pobladores que vivían confinados a un determinado actor armado,

Llegaba la gente de San Carlos por ejemplo, lo miraban a uno y como quien dice “este hijueputa paraco”, algunos ni se atrevían a mirarlo a uno. Eso no era sino que a esa gente mencionarle que tenían que venir a El Jordán, eso era como venirse pa’l infierno o pa’l fin del mundo. Mucha gente ni conoce esto aquí, entonces de pronto ellos también pensaban lo mismo: “El Jordán, pues, a qué ir por allá”, si los matan los *paras* qué nos importa, no sospechaban, eso después se les iba a volver una arma de doble filo (hombre adulto, enero de 2012).

Así, muchos habitantes con algo de suerte cuentan que, al menos en El Jordán, el terror paramilitar no era a vista de todo el mundo, los asesinatos se hacían en las afueras en veredas y, por lo menos a diferencia de San Carlos, los paramilitares de “aquí” fueron un poco más sofisticados y decentes que los de “allá”. El “ordenamiento moral” producido en medio de la guerra que entrecreusa las prácticas políticas, las resistencias civiles, las ideologías y las posturas hacia determinado bando en medio de la guerra, toman cuerpo en una escala de valores para definir y relacionarse con los actores armados.

Civiles y paramilitares entreverados: discreción y subjetividad en la zona gris de la violencia

Los comandantes paramilitares de los diferentes bloques de autodefensas, en principio, eran oriundos de la región y, tras la sucesión de conflictos internos, ajustes de cuentas, disputas por el poder y el control territorial, impusieron sus distintas prácticas de control y dominio en El Jordán. Los relatos sobre altos comandantes paramilitares *hijos del pueblo* indican las paradojas de la guerra, pues terminaron asesinando y ultrajando a sus familiares y amigos. Provenientes de las primeras autodefensas campesinas del Magdalena medio y de los Masetos —Muerte a Secuestradores, MAS—, grupos de mercenarios financiados por terratenientes y comerciantes, en el corregimiento El Jordán, incursionan las autodefensas del Bloque Metro —BM—, y fueron, entre otros, la conflictividad local, las venganzas y los lazos familiares, los motivos que desencadenaron la violencia paramilitar.

Es el caso, por ejemplo, de Rodrigo “Doblecero”,¹² comandante del Bloque Metro, oriundo de San Carlos y, en particular, de El Jordán donde pasó sus primeros años en la legendaria finca “La Llore” de la vereda Tinajas, propiedad de su abuelo materno. Por su parte, Gabriel Muñoz Ramírez, alias “Castañeda” —comandante segundo del BM—, proveniente de una familia ganadera radicada en el corregimiento y hermano del finado Eliseo Muñoz, concejal de San Carlos y presidente de la Junta de Acción Comunal de El Jordán,¹³ fue uno de los primeros autores que abrieron “trocha y corte” de la violencia paramilitar en la región.

Con el trasfondo de una conflictividad local, con historias veladas y profundos lazos familiares entre civiles y armados, el panorama de El Jordán a partir de 1997 comenzó a plagarse de masacres sucesivas —las primeras detrás de los implicados

12 Se especula que “Doblecero” llegó a tener en sus cuarteles de San Carlos y San Roque cerca de doce mil documentos de personas asesinadas y desparecidas de la zona. Véase Verdad Abierta (s. f.)

13 Eliseo Muñoz fue asesinado en confusas circunstancias, aparentemente por la guerrilla, ante supuestas denuncias de la comunidad por corrupción. A la par con el asesinato del líder y candidato a alcalde Ricardo Jiménez, fueron los detonantes de la escalada de la violencia paramilitar en la zona.

en la muerte de Eliseo Muñoz—, múltiples tribulaciones impuestas por la violencia paramilitar en la vida cotidiana, experiencias y percepciones frente a los cambios del control armado, la regulación de la violencia, las disparidades en la administración de justicia, las influencias estéticas, la sucesión y la legitimación de varios bloques paramilitares que dieron paso a diversas adaptaciones sociales. Así, cada bloque paramilitar traía diferentes reglas y combatientes, y con ellos venía una manera de tratar el conflicto y de constreñir las comunidades que se fueron revelando diferencialmente según pasaban en más de ocho años de guerra los bloques Metro, Cacique Nutibara y, finalmente, Héroes de Granada.

Los paramilitares han reclamado para sí, además del ejercicio de la violencia, la administración de justicia, y se han presentado ante la población civil como una “protección” (Torres, 2006). Como explica un lugareño, “para nadie es un secreto que de pronto si hacían retenes, eran la fuerza pública en todo sentido. Aquí prácticamente las funciones que tenía el inspector las hacían ellos, arreglaban matrimonios, resolvían problemas de tierras, resolvían las dificultades que tenía la comunidad” (hombre adulto, febrero de 2012).

La presencia abrasiva de la violencia, la habituación al terror, fueron calando en la comunidad, transformando la vida cotidiana. El peligro, el miedo y el terror, tensan la vida cotidiana y transforman los ritmos sociales de la vida diaria. La política del control paramilitar abarcaba asuntos tan nimios de la vida cotidiana, hablar e interactuar con el otro en escenarios públicos no era bien visto, y poco a poco las actitudes cotidianas de saludar al vecino, de intercambiar con la familia o hacerse favores entre amigos dieron paso a la indiferencia y el aislamiento. Sin duda, esto lleva a entender la violencia más como una esfera de la muerte, como un dominio de la vida y de la existencia de la gente (Nordstrom y Robben, 1995). El paisaje comenzó a tonarse bélico, “diario eran por ahí unos diez o quince de civil y enfusilados, porque así estuvieron un tiempo, ya después pasaron a estar con las pistolas por dentro poco a poco. A esos «manes» no se les daba un culo estar aquí camuflados con sus fierros” (hombre joven, febrero de 2012).

Como plantea Madariaga, muy a pesar de los insospechados avatares de la violencia, en la mayoría de los casos, la agencia de los sujetos se impone y resiste su indefectible curso, pues

las personas no “sobreviven” a la violencia, como si esta permaneciera fuera de ellos. Por el contrario, vivir en, con, al lado de los asesinatos, los asesinos y los muertos, configura y reconfigura formas sumamente particulares de la subjetividad. El reto, por lo tanto, consiste en comprender cómo la gente experimenta la subjetividad en contextos violentos sin asumir que estos son necesariamente aniquiladores (Madariaga, 2006: 6).

La vinculación o la colaboración civil con los actores armados son reconocidas como otros factores que tuvieron incidencia en la agudización del conflicto armado

en San Carlos. Siendo un tema que resulta difícil de abordar por la manera como revive el sufrimiento causado por pérdidas de seres queridos que fueron asesinados o desaparecidos por incidencia de sus pares, vecinos, amigos, familiares, evidencia las disputas por la memoria presentes y vinculadas en este caso a la búsqueda de sentido de lo que pasó. Así, mientras algunos ponen el acento en causas y agentes externos a la población, otros reconocen que esta hizo parte de la guerra contra todos, en contextos de mucha presión (GMH, 2011: 94).

Las dinámicas sociales comenzaron a adaptarse a la presencia armada e, incluso, a involucrarse de diversas maneras, en relaciones sentimentales y amistades. Con la adaptación a la guerra viene el acostumbrarse a los toques de queda, las incursiones, las balas, los heridos y los muertos. “Ya uno estaba como acostumbrado a ellos, y tampoco como a no meterse con ellos. Porque primero cuando mataban a una persona, ¡ay, qué susto!, y ya después...”; es el tránsito de lo que poco a poco la gente va asumiendo, la violencia como un evento normal en la vida cotidiana.

“Yo creo que ya nos vamos acostumbrando a las cosas. Primero cuando se metieron al pueblo, luego cuando vimos que la misma gente de acá se metió al grupo y ahora pues que están reintegrados haciendo pues su vida digamos que normal. Eso es una aceptación de cada época que vivimos” (mujer joven, febrero de 2012).

Aun cuando, como relata una mujer,

Al principio mucho miedo, nadie salía de las casas, digamos tipo 6 de la tarde ya nadie en la calle, el comercio cerrado, ellos pasando pues ronda en sus carros o caminando. Era un miedo total para todo. Entonces ya después era como muy normal. Las compañeras con novio paraco, muchos niños son hijos de paracos que hay aquí. Ya todos nos fuimos como acostumbrando por decirlo, o aceptando pues que ellos estaban acá en el pueblo, que mandaban porque era la percepción que siempre teníamos (mujer joven, febrero de 2012).

Así como hubo influencias en todos los niveles de la población, los niños y los adolescentes fueron influidos por los paramilitares mediante prototipos de hombres fuertes y guerreros al servicio de la patria. En una época, cuentan algunos profesores que, en los recreos, grupitos de jóvenes jugaban a simular combates, se distribuían entre ellos los rangos militares y armaban un campo de batalla acorde a lo que observaban en la cotidianidad. En este sentido, muchos pobladores interpretan el control armado como una “desautorización” moral de los mayores que provocó emancipaciones en jóvenes, “cambió mucho la cultura, sobre todo en los pelaos del colegio porque muchos se volvieron insopportables, que eran amigos de tal comandante o primos de tal, entonces ya hacían lo que les daba la gana” (hombre joven, enero de 2012).

Si bien “muchas realidades sociales construyen la construcción cultural de la guerra” (Nordstrom y Robben, 1995), la gente no dejó de hacer sus cosas porque

los *paras* estaban o no viendo, siguieron con sus trabajos o saliendo a la calle a tomar tinto. Al verse tan constreñida la cotidianidad de la población, y cuando se era seleccionado para “esto y aquello”, para prestar información o colaboración con alguna logística, no había otra opción que asumirlo, “«es que le toca o sino usted verá» [...] mantenía diciendo «si no hacen tal y tal cosa se van de cajón», eso lo repetían cada rato, porque «como el que tiene las armas tiene el poder», dele con ese cuento” (mujer adulta, febrero de 2012).

Las ambivalencias que generó el paramilitarismo entre rechazo/aceptación, miedo/seguridad, horror/bienestar, fueron en aquel entonces tan contrastantes como hoy son las memorias y los testimonios de muchos que de una u otra manera se vieron involucrados. De este modo, [...] al considerar la experiencia de muchas regiones con presencia paramilitar, cabe preguntarse si su oferta de protección no es mayor a la demanda; si la protección que ofrece supone el uso real o potencial de la violencia; y si, en lugar de acabar con una situación de desconfianza, no termina más bien alimentándola (Theidon, 2006: 98).

Y aunque parezca contradictorio, con el Cacique Nutibara, para muchos llegó un periodo de “paz”, pues se recuerda que anuncianaban que

“Nosotros no vinimos aquí para estar matando la gente que porque el vecino dijo que fulano de tal es esto y eso; no. Nosotros vamos a mirar y vamos a investigar porque tenemos que hacer el cese de tanta masacre que ha habido acá en este corregimiento, con las veredas”. Entonces se calmó, sí, se calmó, eh... muy bueno (testimonio GMH, 2011: 261).

Las múltiples formas de convivencia, aquiescencia, apoyo, legitimidad y complicidad de la población civil con los actores armados, constituyen hoy una de las tramas más difíciles de comprender en las relaciones establecidas en medio de la violencia, pues, como argumenta Ortiz (2001), “son casos excepcionales donde exista neutralidad civil ante actores armados”. Al respecto, agrega Villa (2007) que en el conflicto colombiano se han yuxtapuesto la victimización vertical y horizontal, lo que lo hace aún más complejo e irregular,

En Colombia tenemos una combinación de ambos modelos, una doble victimización: vertical, porque tanto guerrillas como paramilitares, y en muchos casos, las fuerzas del Estado, han operado en contra de una población inerme; pero también victimización horizontal, porque los combatientes y las víctimas se reciclan mutuamente y hacen parte del mismo tejido social y comunitario, donde se atraviesan las relaciones vecinales y familiares, creando confusión sobre el rol y el papel de las partes (569-570).

El miedo desestabiliza las relaciones sociales al instaurar un halo de desconfianza entre los miembros de la familia, entre los vecinos y entre los amigos. Los

miembros de la comunidad se convierten simultáneamente en víctimas y actores forzados del conflicto. La desconfianza, así lograda por los actores, eleva desde luego la vulnerabilidad de los pobladores, pero a la vez y paradójicamente se vuelve un auténtico recurso de sobrevivencia. Como cuenta una mujer, “la gente empezó como a perder el miedo, el temor; aquí no había ejército, no había policía, estábamos a la deriva a lo que nos pasara”, algunas personas vieron en la justicia paramilitar una manera expedita para tramitar los problemas de la vida diaria,

¿Cuánta gente no fueron matando así?, pero tampoco era que fuera [sic] colaboradores de la guerrilla o que fueran guerrilleros, como le digo, gente que “usted me debe”, “este hijueputa me miro mal”, los hacían matar y listo. ¿Qué paso? Cuando ya el Metro vio que estaban matando era gente por matar y gente que le decía, hasta los mismos comandantes “¿es que a mí por qué me van matar si yo no he hecho nada? Es que este hijueputa yo le debo esto, o esto y esto y por eso me va a hacer matar”. Entonces ellos comenzaron, antes de comenzar a matar [sic] la persona, la investigaban primero y por eso fue que así se salvó mucha gente (hombre joven, enero de 2012).

Así, a medida que la gente “usaba” a los *paramilitares* como justicieros, fue implantándose una “cultura” de intimidación basada en que “yo tengo quién me defienda”, que se logró a través de contraprestaciones y sacrificios entre civiles y paramilitares,

[...] la gente utilizaba mucho eso para arreglar problemas pendejos, lo que yo te digo “entonces ya el que me caiga mal...” mucha gente, por imposición, algunos, y otros yo digo que por la misma cultura, entonces acá todo el mundo resultó involucrado; entonces se ponían a andar con ellos, a trabajar, a colaborar. Por ejemplo acá fue muy chistoso, jóvenes que se metieron sentimentalmente y los papás de ellas habían sido asesinados por las autodefensas. Pues no cabe, ¡hasta tuvieron bebés! (mujer joven, febrero de 2012).

Al respecto, es evidente cómo se reproducen emocionalmente los ciclos de venganzas a través de la violencia local, pues “la naturaleza fratricida del conflicto armado implica que en cualquiera comunidad viven excombatientes, simpatizantes, viudas, licenciados, huérfanos [...]; es un paisaje social volátil; una mezcla de víctimas, perpetradores y aquel segmento significativo de la población que borra la dicotomía anterior” (Theidon, 2009: 20-21).

Naturalmente, es más probable que la mayoría de respuestas civiles se deba a una serie de constreñimientos y situaciones específicas y de difíciles decisiones en las que la gente, como explica Bolívar y Flórez (2004), estuvo “voluntariamente obligada”. Según comenta una profesora,

[...] a uno le decían “que es que usted es”, no, es que uno tiene que convivir con lo que le tocó vivir, es como si uno fuera a juzgar a Santa Ana porque allá vive, o San Francisco porque allá vive la guerrilla, es que eso es lo que a uno le tocó, uno no escogió, entonces es que “ustedes son todos los de El Jordán, son paracos, o todos los de San Francisco son unos guerrilleros” pues eso no es así (mujer adulta, febrero de 2012).

Del mismo modo, para otro habitante

la mayoría de la gente no lo hizo por voluntad sino más bien una cosa involuntaria, por defender su pellejo como uno dice. Mucha gente tuvo como quien [sic] dice someterse a ese régimen a esa forma y sobrevivimos, entonces que [sic] pasa como dice el adagio “a la tierra que fuires haz lo que vieres”, tocaba hacer lo que ordenaran (hombre adulto, enero de 2012).

La instrumentalización de la violencia por parte de las comunidades surge en la medida en que estas actúan estratégicamente para poder sobrevivir, se interrelacionan y se adaptan a los actores armados. Una parte importante de la violencia paramilitar es el resultado final de transacciones o compromisos entre, por una parte, los agentes armados y los actores políticos en ejercicio del poder y, por otra, los agentes internos (cíviles, cuadros políticos, simpatizantes y gentes del común) de la región en cuestión (Kalyvas, 2004). Intentar poner las relaciones entre actores armados y población civil en un territorio de blanco y negro, de bandos diferenciables, de víctimas y combatientes, más que insuficiente y estigmático, desconoce la complejidad de estas interrelaciones —*una zona gris*— que de muchas formas permiten adaptarse y sobrevivir a la presión de la violencia cotidiana. La *zona gris* se crea cuando una parte de las víctimas asume la causa de los victimarios, así “cuanto más brutal la opresión, más se extiende entre los oprimidos la voluntad, con sus infinitos matices y motivaciones, de colaborar” (Levi, 1989). Esto obliga a ir más allá del blanco/negro que difumina la violencia fratricida y crea un universo de ambigüedad moral. Y así, aparte de activar una “doble moral”, en muchos casos el constreñimiento, la permanencia armada, la simpatía o la coacción, encontró respuestas positivas en la población de El Jordán, que aceptó “lo menos malo como bueno” entre las distintas generaciones paramilitares.

Una de las consecuencias más perversas de vivir expuestos de manera prolongada y sistemática al miedo, en condiciones de indefensión, tiene que ver con la relativización y flexibilización del juicio frente a las acciones criminales: “lo menos malo se convierte en bueno”. Las décadas de violencia vividas y las diversas lógicas de dichos actores llevan a que hoy la población compare las actuaciones de uno y de otro con estimaciones acerca de que con algunos actores “no se excedió tanto”, demostrando que el juicio valorativo depende fundamentalmente de la forma en que este se comete y de las justificaciones que se plantean. Afirmaciones como “Los del Bloque Nutibara sí eran decentes [...] ellos se tomaban el trabajo de averiguar antes de matar [...] mientras que los del Bloque Metro matando sin preguntar”, dan cuenta de esta flexibilización valorativa. Esta actitud banalizadora del terror, la muerte y la vulnerabilidad, afecta la capacidad de indignación y de reacción frente a los actos violentos (GMH, 2011: 262).

Las motivaciones militares —y si acaso políticas— del paramilitarismo, se vieron empañadas por contingencias locales, venganzas familiares, una mezcla de interés y razones económicas, políticas y sentimentales, que provocaron el derramamiento de sangre y llevaron a involucrar en la guerra los lazos familiares; “es característico de las guerras civiles que no toda la violencia esté relacionada con el discurso dominante de la guerra. Es decir, no toda la violencia que produce tiene motivos políticos o militares” (Portal Verdadabierta, 2010). En una conversación que sostuvo con un comerciante de la región, “Doblecerro” le expuso que el gran problema de la guerra en el Oriente antioqueño radicaba en que la mayoría de los contendientes salían de la misma región. Explicaba que eso hacía más difícil el conflicto por los sentimientos territoriales y familiares que se ponían en juego (Oproa, 2008: 14).

La comunidad fue testigo del recambio de ejércitos paramilitares que en el curso del conflicto en la región también devino en su degradación en la presentación de su discurso ideológico y las políticas de control social. Si bien, con “los de antes” habían aprendido a resistir, padecer y negociar su cotidianidad, obligadamente, ante los cambios de “nuevos actores” había que empezar casi desde cero ante el advenimiento de nuevos órdenes. El predominio paramilitar generó en la población relaciones entreveradas, estratégicas y contradictorias que entre el miedo, la complicidad, el rechazo y, en últimas, la necesidad de sobrevivir a la violencia, estableció niveles de familiaridad, vecindad y legitimidad social que lamentablemente hicieron que en El Jordán terminaran “matándose entre próximos”.¹⁴

Conclusiones abiertas

Las relaciones entreveradas de víctimas y paramilitares que, en alguna medida, los responsabiliza del fatídico desenlace de la violencia en la región, remiten, no solo a la dualidad y la “coexistencia contenciosa” (Payne, 2009) entre la memoria, el olvido, la reparación, la penalización, la inocencia o la culpa, sino también, a la necesidad de instalar una pregunta por “el otro” y “lo otro” como factor problema en un país como Colombia de incierto pre y posconflicto. La(s) guerra(s) en Colombia, entre otras razones, ha(n) surgido a raíz de la transformación de víctimas en victimarios, pues los distintos actores armados, incluyendo el Estado, se han armado y defendido

14 Como señalan los estudios de violencia en Colombia, los ciclos de conflicto se han anidado y reproducido precisamente desde una filigrana familiar y vecinal que moldea particularmente las dinámicas políticomilitares de grupos armados, y en general, el cauce de un conflicto armado que afecta la cotidianidad de un territorio y su gente. Es el caso, por ejemplo, de incontables e inéditas historias del terror paramilitar que vivió El Jordán. De hecho, entre algunos pobladores se asegura que alguna vez el hijo de un paramilitar —para entonces ya “dado de baja”— al preguntarle a su madre por la muerte de su abuelo materno, se entera que lo había asesinado aquel paramilitar, es decir, su propio padre.

respondiendo a diversos focos de victimización. Si bien la “guerra entre pares”, la “violencia fratricida”, o la conversión de víctimas en victimarios parecieran razones menos estructurales, explican mucho de lo que realmente hasta hoy ha sido la naturaleza de los conflictos.

En muchas regiones del país, y sobre todo en el Oriente antioqueño, los paramilitares lograron capitalizar sentimientos de exclusión, ausencia estatal y un profundo miedo y rechazo a los “destrozos” justificados de la guerrilla. La subjetividad y los motivos sociales fueron capturados por el orden armado, y con esto, se promovió una movilización de ideologías, emociones, subjetividades y políticas de legitimación del paramilitarismo. Ante las ambivalencias en un territorio de enclave y control paramilitar como fue El Jordán-San Carlos, la población estuvo inerme/activa entre el terror a costa de la protección y la colaboración ante la supervivencia. En consecuencia, hubo cierta “proximidad-peligro” en las articulaciones entre civiles y armados. En el “recíproco”, simultáneo y desmedido uso de la fuerza, el poder y la violencia entre civiles y paramilitares, las conflictividades locales y las particularidades de la dinámica social comunitaria de El Jordán, conducen a reafirmar que, “la violencia es culturalmente construida y, como sucede con todos los productos culturales, es, en esencia, solo un potencial que da forma y contenido a gente específica [sic] dentro del contexto de historias particulares” (Nordstrom y Robben, 1995).

Lo que podría arriesgadamente denominarse una “cultura de autodefensa”, que como manifestación social del paramilitarismo ha sido un fenómeno cultural en Colombia, sostiene varios significados de las formas idiosincrásicas de tramitar la violencia en el país. Desde esta realidad aparentemente inamovible, preguntarse si hay que sancionar social y moralmente la violencia paramilitar, plantea un lapsus en comprender la experiencia continua de la violencia paramilitar como una lección moral y colectiva,¹⁵ no solo para quienes la presenciaron, sino para toda una sociedad que indolente muchas veces justificó amilanadamente la atrocidad paramilitar.

San Carlos es el segundo municipio del Oriente antioqueño que más alberga desmovilizados de todos los grupos, pero en su mayoría de los paramilitares. Para el año 2006, la presencia relativa de desmovilizados en San Carlos era alrededor de 40 excombatientes (Oproa, 2006: 170). Con una población flotante desarmada a mediados de 2005, cuando comienzan a reacomodarse los actores de la guerra en la vida civil, y aun cuando esto no significó completamente su desaparición, redujo la zozobra y el terror en la zona. Tras la desmovilización, la movilidad entre El Jordán y San Carlos permitió de nuevo a las poblaciones reconocerse, viajar tran-

15 Una reciente encuesta nacional “¿Qué opinan los colombianos después de siete años de la Ley de Justicia y Paz?” revela que, si bien la mayoría de los sectores de población, expertos, políticos y víctimas están en desacuerdo con los paramilitares, la percepción de más de la mitad de encuestados es que no han desparecido, y por el contrario, se han reorganizado y fortalecido tras la desmovilización. Véase Verdad Abierta (2012).

quilamente por las vias y, como dicen, vivir en una aparente “tranquilidad”. Pese a que son evidentes los sentimientos encontrados en la comunidad, algunas veces de impotencia, culpa o vergüenza, el común denominador es el dolor y el sufrimiento de sucesivos años de guerra.

Aun así, desde 2005, en San Carlos han surgido experiencias de reconciliación y pactos de convivencia entre víctimas y desmovilizados, iniciadas principalmente por el proyecto Provísame—Promotoras de Vida y Salud Mental— del Programa por la Paz del Cinep y el Centro de Acercamiento, Reconciliación y Reparación—CARE, iniciativa de la sociedad civil—, entre otros. Sin embargo, en este complejo escenario persisten secuelas de la violencia y disputas de memoria(s) que condicionan tan anhelado proceso de reconciliación colectivo, y por ello el caso de esta comunidad hace cuestionarse bastante alrededor de las características de un posible horizonte de reconciliación donde seguro tendrán que resolverse no solo las dicotomías víctimas/victimarios, sino la responsabilidad social, política, económica e, incluso, jurídica y penal del pasado. El reto seguirá atendiendo a no deslocalizar completamente la culpa de los victimarios ni estigmatizar a ultranza la incidencia de las víctimas en el conflicto, pues como bien sugiere Theidon (2009),

Trascender los términos de la oposición previa es forjar una nueva comunidad de sobrevivientes de la guerra civil. El concepto de “sobreviviente” busca trascender las nociones bipolares de víctimas y perpetradores. El discurso de la inocencia paraliza el proceso de reconciliación de un país. Tampoco permite construir una sociedad más justa porque si solamente los “inocentes” tienen derechos humanos, pues entonces pueden hacer lo que se les antoje con los “culpables”. Entonces parte de lo que hay que reconciliar no es solamente el sufrimiento experimentado sino también el sufrimiento infringido [sic]. La tarea pendiente es “rehumanizar” tanto al enemigo cuanto a uno mismo (Theidon, 2009: 234).

Referencias bibliográficas

- Alcaldía de San Carlos (2011). Informe Gestión Alcalde Francisco Álvarez Sánchez 2009-2011. 88 pp.
- Blair, Elsa (2005). *Muertes violentas: la teatralización del exceso*. Colección de Antropología, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, p. 228.
- Bolívar, Ingrid y Flórez, Alberto (2004). “La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipos de conocimiento”. En: *Revista de Estudios Sociales*, N.º 17, Bogotá, pp. 32-41.
- Caicedo, Luz Piedad et al. (2006). *Retornar no es solo volver. Desplazamiento y retorno en San Carlos, Antioquia*. ILSA, Bogotá.
- Cano, Alba Inés (2007). *De memoria colectiva: Resurgimiento. Somos lluvia de luz para la paz*. Municipio de San Carlos. Secretaría de Gobierno, Gobernación de Antioquia.
- Castillejo, Alejandro (2000). *Poética de lo otro: hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Icanh, Colciencias, Bogotá, p. 430.
-
- (2005). “Las texturas del silencio: violencia, memoria, y los límites del quehacer antropológico”. En: *Empiria Revista de Metodología de Ciencias Sociales*. N.º 9, enero-junio, Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 39-59.

- Castillejo, Alejandro (2009). *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en Sudáfrica contemporánea*. Universidad de los Andes, Centro de Estudios Socioculturales, Bogotá, 430 pp.
- Corporación Nuevo Arco Iris (2007). *Parapolítica: la ruta de la expansión paramilitar*. Intermedio Editores, Bogotá, p. 472.
- Da Silva Catela, Ludmila (2011). “Pasados en conflicto. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas”. En: *Revista Debates*, N.º 57. Universidad de Antioquia, Medellín.
- Denis, Rodgers (1997). “Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia y los dilemas de la observación participante”. En: *Revista Española de Investigación Criminológica*. Barcelona, pp. 1-24.
- Duncan, Gustavo (2006). *Los señores de la guerra*. Editorial Planeta, Bogotá, p. 372.
- Espinosa, Nicolás (2007). “Política de vida y muerte. Apuntes para una gramática del sufrimiento de la guerra en la Sierra de La Macarena”. En: *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 2, N.º 1, enero-abril, Madrid, pp. 43-66.
- Giraldo, Carla (2012). *Se dice río. Volver al antiguo camino de Juntas*. Editorial Silaba, Medellín, p. 107.
- Grupo Memoria Histórica —GMH— (2011). *Informe San Carlos, Memorias del éxodo en la guerra*. Taurus, Bogotá, p. 449.
- Gufer, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Editorial Norma, Bogotá.
- Kalyvas, Stathis (2004). “La ontología de la violencia política: acción e identidad en las guerras civiles”. En: *Análisis político*, N.º 52. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales —Iepri—, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 51-76.
- Levi, Primo (1989). *Los hundidos y los salvados*. Muchnik Editores, Barcelona, p. 176.
- Madariaga, Patricia (2006). *Matan y matan y uno sigue ahí: control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*. CESO, Universidad de los Andes, Bogotá, 122 pp.
- Noche y Niebla (1999). Banco de Derechos Humanos Noche y Niebla, diciembre. Cinep, Bogotá.
- Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonius (comp.) (1995). *Fieldwork under fire. Contemporary studies of Violence and Culture*. Berkeley, University of California Press.
- Observatorio de Paz y Reconciliación del Oriente Antioqueño —Oproa— (2008). *Serie Crónicas de corregimientos*. Abril de 2008, Corporación Vida, Justicia y Paz, Rionegro, 78 pp.
- _____. (2006). *Línea de base. Estudio diagnóstico y contextualización DIH, DD.HH. en los municipios del Oriente antioqueño*. Corporación Vida, Justicia y Paz, Rionegro, p. 182.
- Ortega, Francisco A. (comp.) (2008). *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Ortiz, Carlos Miguel (2001). “Actores armados, territorios y poblaciones”. En: *Análisis político*, N.º 42, enero-abril. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 65-75.
- Orozco Abad, Iván (2005). “Reflexiones impertinentes sobre la memoria y el olvido, sobre el castigo y la clemencia”. En: *Entre el perdón y el paredón: Preguntas y dilemas de la justicia transicional*. Universidad de los Andes, Vol. 1, Bogotá, pp. 54-71.
- Pardo, Rodrigo (2007). *Fin del paramilitarismo, ¿es posible su desmonte?* Ediciones B, Bogotá, Colombia, p. 207.
- Payne, Leigh (2009). *Testimonios perturbadores. Ni verdad ni reconciliación en las confesiones de violencia de Estado*. Ed. Uniandes-CESO, Fundaciones Ideas para la Paz —FIP—, Bogotá, 384 pp.
- Pécaut, Daniel (2001). *Guerra contra la sociedad*. Editorial Planeta, Bogotá, 308 pp.

- Portal Verdadabierta (14 de agosto de 2010). Las razones mínimas para morir en el Oriente de Antioquia. En: *Verdadabierta*. [En línea:] Disponible en <http://www.verdadabierta.com/nunca-mas/3307-paramilitares-mataron-en-el-oriente-antioqueno-hasta-por-celos>. (Consultada el 28 de agosto de 2012).
- Portal Verdadabierta (9 de octubre de 2012). “Colombianos creen que paramilitares siguen existiendo”. En: *Verdadabierta*. [En línea:] <http://verdadabierta.com/component/content/article/80-versiones/4259-colombianos-creen-que-paramilitares-siguen-existiendo/>. (Consultada el 23 de octubre de 2012).
- Rangel, Alfredo (comp.) (2005). *El poder paramilitar*. Fundación Seguridad y Democracia, Editorial Planeta, Bogotá, 327 pp.
- Riaño, Pilar (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: una antropología del recuerdo y el olvido*. Editorial Universidad de Antioquia, Ieanh, Medellín.
- Romero, Mauricio (2003). *Paramilitares y autodefensas, 1982-2003*. Editorial Planeta, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, p. 295.
- Sánchez, Gonzalo (2006). *Guerras, memoria e historia*. La Carreta Editores. Medellín, p. 141.
- Theidon, Kimberly (2005). “Desarmando el sujeto. Recordando la guerra e imaginando la ciudadanía en Ayacucho, Perú”. En: *Violencias y estrategias colectivas en la región andina*, Gonzalo Sánchez y Eric Lair (Eds.), IFEA, Iepri, Norma, Bogotá, pp. 175-197.
- _____. (2006). “Transiciones conflictivas: combatientes desmovilizados en Colombia”. En *Análisis Político*, N.º 58, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 92-111.
- _____. (2009). *Entre próximos: el conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos —IEP—, p. 283.
- Torres, María Clara (2006). *Legitimidades y acción armada en un municipio colombiano. Formas de gobierno y construcción de bases sociales de apoyo por parte de grupos guerrilleros y paramilitares en Colombia*. [en línea:] <http://www.institut-gouvernance.org/en/analyse/fiche-analyse-242.html>. (Consultada el 30 de octubre de 2012).
- Uribe, María Victoria (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*, Editorial Norma, Bogotá, p. 154.
- Verdad Abierta (2012). “Colombianos creen que paramilitares siguen existiendo”. En: *Verdadabierta*. [En línea:] <http://verdadabierta.com/component/content/article/80-versiones/4259-colombianos-creen-que-paramilitares-siguen-existiendo/>. (Consultada el 23 de octubre de 2012)
- Verdad Abierta (s.f.). “Doblecero” colecciónaba documentos de sus víctimas” [en línea:] <http://www.verdadabierta.com/la-historia/1510-doble-cero-coleccionaba-documentos-de-sus-victimas>. (Consultada el 31 de octubre de 2012).
- Villa, Juan David (2007). “«Si no fuera por Dios, nosotros ya nos hubiéramos muerto». Víctimas, reconciliación y religión”. En *Revista Theologica Xaveriana*. Vol. 57 N.º 164, Bogotá, pp. 565-590.